

—Cómo! ¿lo sabia vuesa merced, y nada habia dicho, cuando el peligro era tan inmediato?

—Hasta anoche lo supe, y por esa razon no me encontraron aquí vuestas mercedes anoche, porque andaba en averiguacion de ese y otros crímenes cometidos por esa dama.

—Pues nosotros tuvimos certeza del negocio, y ademas el oidor D. Frutos prometió, que anoche precisamente daria noticias importantes que le iban á ser comunicadas respecto del robo de los equipajes del marqués de San Vicente.

—Fácil le hubiera sido.

—Y demasiado, porque D^a Inés debia casarse próximamente con D. Guillen de Pereyra, el mismo hombre que entregó los papeles á vuesa merced.

—Exactamente.

—La situacion era grave, y necesario de todo punto deshacernos de esa mujer que podia de un momento á otro precipitarnos y perdernos; matarla habria sido una mala accion, y además hubiera podido escitar las sospechas....

—¿Qué se hizo pues?

—Ocurriéosenos un arbitrio; buscar un apoyo contra el cual no pudiera luchar la Audiencia, y pensamos en el Santo Oficio.

—¿En el Santo Oficio?

—Sí: su jurisdiccion es tan respetada y tan temida que nadie se atreve á oponérsele, ni á pensar siquiera en arrancarle un reo, y D^a Inés está ya en las cárceles del Santo Oficio.

—¿Pero cómo?

—Sabeis que soy uno de los comisarios, y recibí denun-

VI.

De la plática que hubo entre D. Lope y D. Gonzalo y otras cosas que se verán.

BENDITO sea Dios—dijo D. Gonzalo—que se encuentra á vuesa merced en su casa; que ayer tarde y aun anoche repetidas veces le hemos buscado.

—Tanto le interesaba á vuesa merced el encontrarme?

—Mucho, y por mi relato podrá conocerlo vuesa merced fácilmente; hace ya algunos dias que se zurraba en la ciudad, que una dama principal hacia denuncias á la Audiencia, acerca de todo cuanto nosotros teniamos dispuesto y arreglado: tales voces llegaron hasta nosotros haciéndonos formar mil y mil conjeturas; como sabeis tenemos amigos en la Audiencia misma, y ayer en la mañana uno de estos amigos nuestros llegó á avisarme que D. Frutos Delgado habia confesado á sus compañeros que la dama en cuestion era D^a Inés de Medina.....

—Lo sé ya.

cias de que D^a Inés de Medina era sectaria de la ley muerta de Moyses; la he aprehendido, y anoche ha entrado á la Inquisicion.

—¿Es decir...?

—Que ya no podrá decir nada á los oidores, y que cuando ella salga, si á salir llega, hasta los vestijios se habrán perdido de cuanto ha pasado en este triste negocio del marqués de San Vicente.

D. Lope quedó pensativo: aquel paso repugnaba á su natural franco y leal, por una parte, y por otra, le imposibilitaban de informarse con D^a Inés del paradero de D^a Laura.

—Qué preocupa á vuesa merced?—preguntó D. Gonzalo.

—Pienso que D^a Inés podría decirme qué hizo de una dama que fué robada de órden suya.

—Y qué dama es esa?

—La dama que vivia en frente.

—Ya recuerdo.

—Creo que la tendria oculta en la casa; pero cerrada como está, y selladas las puertas con los sellos del Santo Oficio, es imposible registrar.

—No me parece á mí imposible; y si tal empeño tiene vuesa merced, puedo proporcionar la llave de una puerta que conduce al canal y acompañarsi gusta á vuesa merced.

—Admito el favor solo en lo relativo á la llave: ¿cuándo podré tenerla?

—Dentro de dos horas, si tanto empeño toma vuesa merced.

—La impaciencia me devora.

—En tal caso voy á enviarla, y esta noche podrá vuesa merced ir, seguro de que nadie interrumpirá sus pesquisas:

cofres y gavetas hay selladas; pero supongo que dentro de ellas no será necesario registrar.

—De ninguna manera.

—Pues me voy para enviar esa llave.

D. Gonzalo se despidió, y dos horas despues D. Lope recibia la llave.

Sonaban las once de la noche, y una canoa en la que iban tres hombres, se detuvo á la puerta falsa de la casa que habia sido del marqués de Rio-florido.

Los tres hombres saltaron á tierra y amarraron la canoa: uno de ellos se dirigió á la puerta, introdujo en la cerradura una llave que traia, abrió y entró á la casa, seguido de sus dos acompañantes.

La puerta volvió á cerrarse, y uno de aquellos hombres sacó un eslabon y una piedra: brillaron las chispas, prendió la yesca y en ella, otro de los hombres, encendió una pajuela de azufre cuya luz comunicó á una gruesa bujía de cera.

Un momento despues cada uno de aquellos hombres tenia en la mano una bujía encendida: eran D. Lope y dos de sus criados.

Entonces comenzaron un registro escrupuloso en la casa, comenzando por el gran patio, en el que tenian sus entrevistas Inés y D. Guillen.

Pero en aquel patio nada encontraron que les llamara la atencion: inmensas pilas de leña, vigas y maderas de construccion amontonadas en desórden, y nada mas.

—Entremos—dijo D. Lope.

Y penetraron en las habitaciones.

Por mas valor que tuvieran aquellos hombres, sintieron una especie de pavor supersticioso; al atravesar aquellos

apuestos desiertos, en donde recientemente habian acontecido escenas tan sangrientas como las del asalto de los ladrones.

Aquellas habitaciones, de las que tan repentinamente habian sido arrancados los dueños, conservaban por decirlo así algo de vida en sus recuerdos.

Los cofres y las gavetas estaban cerradas y selladas; pero en los objetos de poco valor, y de uso comun, no se habia puesto seguramente el menor cuidado, porque aun se encontraban por todas partes esas que pueden llamarse cosas insignificantes, pero son la señal de vida en una casa.

Aun habia agua en algunas artesas; aun se encontraban intactos los preparativos de la comida del día.

D. Lope consideraba todo aquello con cierta especie de respeto: le parecia como que estaba en la casa de un muerto, sorprendiendo los secretos de la vida doméstica de una familia á quien jamás habia tratado.

Sin embargo, registró escrupulosamente toda la casa; pero nada, ni el mas leve vestigio habia allí que le indicara la suerte que habia corrido D^a Inés. Ella debia de haber entrado á aquella casa; pero, ¿qué habia sido de ella?

D. Lope se perdia en un laberinto de conjeturas.

Por fin llegó á desesperar y determinó retirarse: descendió de las habitaciones de la familia al gran patio y se dirigió á la puerta falsa, resuelto á esperar noticias del Señorito, que era ya su última esperanza.

D. Lope salió el primero y dijo á uno de los criados entregándole la llave:

—Cierra esa puerta.

El criado acercó la luz á la cerradura é introdujo en ella la llave, y despues entró un poco al patio con objeto de to-

mar la otra hoja de la puerta que el viento habia abierto al salir ellos.

D. Lope contemplaba distraidamente aquella operacion.

Derrepente el criado lanzó un grito y retrocedió pálido y convulso.

—¿Qué pasa?—preguntó D. Lope.

—¡Ave María, señor! ¡el demonio! ¡el demonio anda en esta casa!

—¿Cómo! el demonio?

—Sí, señor, se ha reido de nosotros, seguramente porque no hemos encontrado nada.

—Estás loco?

—Le juro á su merced que lo he oido reirse.

—Será ilusion.

—Oh! no señor.... escuche su merced.

En efecto: una carcajada satánica se escuchó entónces, como viniendo del interior de la casa ó del fondo de la tierra.

Los criados se pusieron á temblar, y D. Lope se sintió conmovido: aquella risa nada tenia de humano, y ademas todos estaban seguros de que en la casa no habia nadie.

Reinó por un momento el silencio, y nadie se atrevia á moverse; derrepente se oyeron unos gritos semejantes al aullido de una fiera.

A la luz de las antorchas se habria podido ver cómo palidecieron los rostros de aquellos tres hombres; aquellos gritos tenian algo de los gemidos que deben lanzar los condenados.

Si los criados hubieran estado solos habrian echado á huir; pero la presencia de D. Lope los contenia.

Y D. Lope mismo sentía helarse su sangre de terror aquellas carcajadas, aquellos alaridos que salían como del fondo de la tierra, en aquella casa desierta y teatro de tantos crímenes, eran para herir el corazón mas bien templado.

—Vámonos, señor—dijo un criado.

—No—contestó D. Lope—aquí hay un misterio espantoso que es preciso descubrir; sobrepones al terror, cobrad ánimo; si es cosa de los hombres somos fuertes, valientes y venimos armados; si es cosa del infierno, Dios nos protegerá; tened fé en él.

Y D. Lope, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se adelantó resueltamente hasta la mitad del patio.

Los criados vacilaron entre el miedo de quedarse lejos de su amo, ó seguir, y como el peor miedo, es el miedo á la soledad, le siguieron temblando.

Volvióse á escuchar la carcajada; entonces conoció D. Lope que salía de detrás de una gran pila de leña.

Sin vacilar se dirigió allí, y comenzó á examinar el terreno.

Los criados no se apartaban de él ni tres pasos.

D. Lope encontró detrás de aquella leña una especie de callejon y se entró por él resueltamente; á poco andar había una puerta que estaba abierta, y al llegar á ella escuchó tan cerca un aullido, que se creyó casi en la presencia del demonio. Los criados temblando hicieron la señal de la cruz, D. Lope desnudó instintivamente su daga, pero no se detuvo y penetró en una gran bodega.

A la rojiza luz de las bujías tardó poco D. Lope en comprenderlo todo.

Allí había una mujer emparedada.

El rostro de aquella desgraciada bañado por la luz, daba espanto; su pelo en confuso desorden hacia aparecer inmensa su cabeza, y muy pequeño su pálido y desencajado rostro.

D. Lope examinó con espanto aquella víctima sin poderla reconocer.

—Mallades....D. Lope....la reina—dijo la mujer volviendo á reír.

—¡D^a Laura!—gritó de una manera horrible D. Lope dejando caer la bujía, y llevando las manos á la frente como si quisiera contener su razón que huía á la vista de aquel espectáculo.

Los criados acudieron al socorro de su señor, y entretanto D^a Laura cantaba en voz baja los versos de Valenzuela:

—Peregrinando tierras,
Surcando mares negros,
Vientos examinando,
De ardientes climas registrando el fuego....

¡Qué cansada estoy.....! qué cansada!..... ¿cuándo llegaré?

—D^a Laura, señora, amor mio—esclamaba D. Lope como loco, arrancando con las manos las piedras de la pared que encerraba á la dama—D^a Laura, mi bien: ¿estoy soñando? ¡Dios mio, Dios mio! ¡esto es espantoso, espantoso! ¡infame mujer, infame! el cielo te maldiga!

—Peregrinando tierras—continuaba D^a Laura indiferentemente—surcando mares negros.....ay!....ay!....qué cansada estoy, Dios mio!....ay!....cuándo llegaré?

—Laura! Laura mia!—esclamaba D. Lope, y el llanto le impedía seguir trabajando.

Pero los criados, con una actividad asombrosa, derribaban aquel muro, cuya *mezcla* apenas habia comenzado á secar.

D^a Laura de nada parecia apercibirse.

Por fin cayó un gran trozo de la pared: faltó el apoyo á la emparedada, y ella tambien se desplomó repentinamente para adelante.

D. Lope, como fuera de sí, la recibió en sus brazos.

Es imposible describir el estado de aquella mujer, obligada por las paredes á estar en pié tanto tiempo. D. Lope la retiró violentamente de aquel sepulcro, y gritó y la acarició, pero la dama estaba desmayada.

—Agua, buscad agua—decia D. Lope—se muere.

Uno de los criados encontró allí mismo un gran jarro de agua y se lo dió á D. Lope.

Rociaron con ella el rostro de D^a Laura, que dió indicio de volver en sí, lanzando un suspiro.

—Vuelve—dijo un criado.

—Bien, ahora á nuestra casa violentamente—dijo D. Lope—quizá aun sea tiempo de salvarla.

Y levantando á D^a Laura entre sus brazos se dirigió á la puerta.

—Alumbrad—dijo.

Los criados alumbrando y seguidos del jóven que llevaba á la dama como hubiera podido hacerlo con un niño dormido, llegaron hasta la canoa.

Cerróse la puerta, embarcáronse todos, y la canoa comenzó á deslizarse sobre las aguas.

Los criados remaban y D. Lope continuaba llevando á D^a Laura entre sus brazos.

Cuando aquella embarcacion se perdió bajo uno de los puentes y no se escuchó ni el ruido de los remos, destacóse

misteriosamente una sombra cerca de la casa del marqués y se paró en la orilla del canal.

Era Luis.

—Oh!—esclamó—ese hombre no puede ser otro que D. Guillen de Pereyra, porque era el único que sabia este secreto....¿pero qué pensará hacer con esa loca?....¿para qué habrá venido á sacarla?....yo le vijilaré; es seguro que la lleva á su casa....¿estará loco tambien él....?